

de los sobrehumanos esfuerzos de los jefes, no fué posible contener á las tropas y reunir á los fugitivos, que en la mayor confusion se dirigieron á Chancellorsville, alarmando con esto á todo el resto del ejército.

Sickles se estaba preparando para un gran ataque, y ya habia obtenido que Hooker le enviara un refuerzo de mil ginetes de la caballería de Pleasanton, cuando recibió la noticia de la derrota de Howard, noticia á que no queria dar crédito porque no habia oido descarga alguna, pero de cuya certeza pudo convencerse bien pronto. No solo estaban derrotadas las tropas de Howard, sino que los triunfantes separatistas se dirigian ya sobre su retaguardia, de tal modo, que cuando envió á pedir refuerzos á Hooker, éste le contestó que no era posible, pues los necesitaba él para hacer frente al enemigo é impedirle que se apoderara de Chancellorsville.

La situacion de Sickles era verdaderamente crítica, aun cuando contaba con sus dos divisiones y su artillería, pero en aquel momento llegaba Pleasanton con parte de su caballería, reuniendo á los fugitivos, y habiéndosele dicho que era preciso dar una carga, volvióse Pleasanton hácia el mayor Keenan, y le dijo: «Mayor, no podemos disponer sino de quinientos ginetes para contener á los veinticinco mil hombres de Jackson, pero es preciso que acometais al enemigo en esos bosques y que ganeis tiempo mientras yo sitúo algunos cañones; es preciso que lo hagais cueste lo que cueste.» El noble patriota comprendia harto bien que aquella era su sentencia de muerte, pero sonriendo con calma, no contestó mas que estas dos palabras: *¡Lo haré!* Diez minutos despues el mayor Keenan, acribillado de heridas, exhalaba el último aliento en el campo del honor, y á su lado caia tambien la mayor parte del regimiento, completamente destrozado, pero la

carga contuvo por algunos momentos á los separatistas, dando tiempo á Pleasanton para formar una batería, sobre la cual esperaba que avanzase el enemigo.

No tardó este en hacerse esperar: los batallones confederados ocupaban el bosque, y como iba aproximándose la noche, recurrieron aquellos á la reconocida estratagema (harto frecuente por una y otra parte) de desplegar una bandera para hacer creer que eran amigos. El general Pleasanton envió un ayudante para que averiguara si era cierto, pero un momento despues los árboles del bosque parecieron agitarse al estruendo de la fusilería, y los separatistas se lanzaban á la carga á fin de apoderarse de los cañones, que sembraban la muerte en sus filas, sin que les fuera posible conseguir su objeto.

Enfrente de la batería de Pleasanton cayó mortalmente herido el intrépido general Stonewall Jackson, y segun se dice, por sus propios soldados, pero como eran tan repetidos los disparos de la artillería y tan densa la oscuridad, es probable fuera víctima, como otros muchos, de las balas enemigas (\*). Los

(\*) En la vida de Stonewall Jackson, escrita por un ciudadano de Virginia, se dice lo siguiente al referir su desgraciado fin:

«El general Jackson ordenó á Hill que avanzara con su division, reservando sus tiros á menos que avanzara la caballería enemiga, y entonces, con ese ardiente entusiasmo, con ese espíritu guerrero que encubria su aparente calma, lanzóse en lo mas recio de la pelea. Tal era su ardor en aquel critico momento, y tal su ansiedad por observar los movimientos del enemigo, á quien ocultaba la espesura del bosque y la densa oscuridad de la noche, que se adelantó á sus soldados, esponiéndose al peligroso fuego de los tiradores federales.

«Tan grave era el peligro en aquellos instantes, que uno de los oficiales de su estado mayor exclamó acercándose á él: «General, ¿no os parece que seria mejor retiraros de este sitio?—El peligro está en todas partes, contestó Jackson; id á decir á Hill que avance á paso de carga!»

Poco despues de haber dado esta orden, Jackson, seguido de su estado mayor y de su escolta, volvía á reunirse con el grueso de las fuerzas, pero desgraciadamente era tal la oscuridad (esto sucedió entre nueve y diez de la noche),

prisioneros cogidos por la caballería de Pleasanton le dijeron bien pronto que Jackson estaba mortalmente herido, haciendo mencion de otros oficiales notables que cayeron á su lado. Puede ser muy bien, no obstante, que efectivamente los soldados de Jackson hicieran fuego sobre su escolta creyendo que era una avanzada del enemigo. De todos modos, semejante pérdida era la mayor que podia sufrir cualquiera de los dos partidos tratándose de un solo hombre, pues si bien el general Sidney Johnston era hombre de profundos conocimientos militares y raro talento, no ejercia, sin embargo, sobre sus tropas esa influencia que tuvo siempre Jackson, ese don especial de enardecer á sus soldados, que admiraban, no solo su claro juicio

que los separatistas creyeron que aquellos ginetes eran enemigos, y en su consecuencia, los tiradores, que estaban á derecha é izquierda del camino, hicieron fuego, resultando de esta equivocacion un triste desenlace. El capitán Boswell, del estado mayor de Jackson, cayó muerto, y su caballo le arrastró hasta las líneas confederadas; el coronel Crutchfield quedó herido de gravedad, y con él dos ayudantes que fallecieron á las pocas horas, y el general Jackson recibió tres heridas, de las cuales dos eran mortales. La primera bala le atravesó el brazo izquierdo, dos pulgadas mas abajo del hombro, destrozando el hueso y rompiendo la arteria principal; la segunda le pasó de parte á parte el mismo brazo entre el codo y la muñeca, destrozándole la mano, y la tercera, en fin, penetrando por la palma de la mano derecha, le rompió dos ó tres huesos.

«Jackson cayó de su caballo, y al acercarse el capitán Wormly para cogerle en sus brazos, exclamó: «Todas estas heridas me las han hecho mis soldados!»

En aquel momento el enemigo avanzó de improviso, y los confederados hubieron de abandonar el cuerpo de Jackson, pero no se le descubrió, y poco despues cargaron los separatistas, que entonces pudieron ya retirarle del campo de batalla sufriendo un fuego mortífero del enemigo. Uno de los que conducian la litera cayó muerto de un balazo, y Jackson cayó en el suelo, recibiendo una grave contusion que empeoró aun mucho mas su estado. El fuego del enemigo era tan terrible, que Jackson estuvo aun cinco minutos mas espuesto á sus tiros, mas al fin se le pudo recoger y conducirle al hospital de Wilderness Run.

El general Jackson murió ocho dias despues en Guineas Station, á cinco millas del sitio en que cayó herido. Sus restos mortales descansan en Lexington.

y buen criterio, sino tambien su heroica intrepidez. Los ataques de Jackson estaban siempre bien calculados, y aquel cuidaba muy especialmente de no esponer las vidas de sus hombres en empresas inútiles ó dudosas. En sus brillantes hechos de armas, la casualidad parecia favorecerle á veces, pero esto generalmente sucede con aquellos que, como Jackson, nunca se duermen cuando conviene estar despierto y que pueden hacer andar á sus tropas cuarenta millas en un dia. Seguramente que todas las ventajas obtenidas por los separatistas en la ruda batalla de Chancellorsville no podian compensar la pérdida de un hombre como el general Stonewall Jackson.

Entre tanto, Pleasanton, á quien no podia ya molestar tanto el enemigo, continuaba arreglando sus baterías, y al fin consiguió situar ventajosamente unos cuarenta cañones de tal modo, que con el apoyo de Sickles érale fácil sostenerse en su nueva posicion. Sickles, que se habia puesto ya en comunicacion con Hooker, hizo avanzar á media noche á la division Birney, la cual rechazó al enemigo recobrando parte del terreno abandonado por Howard, despues de lo cual fué á reunirse con las demás fuerzas de Chancellorsville, pues no habia allí suficiente número de tropas para hacer frente al enemigo. Parece que este movimiento no fué muy conveniente, atendido que los separatistas siguieron de cerca á los federales, cuya infantería llenaba todo el bosque, hostigándoles de tal modo, que hubieron de retroceder con la mayor precipitacion, abandonando una pieza de artillería.

El ejército de Lee se hallaba concentrado casi en su mayor parte al frente de Hooker, siendo de advertir que el jefe separatista se hallaba protegido por los bosques que ocultaban la inferioridad del número de sus tro-

pas, en tanto que Hooker, desanimado por la derrota de Howard, y no sabiendo á punto fijo si entre la espesura habia solo un regimiento ó una division, no se atrevia á esponer á su ejército á un segundo descalabro.

Al romper el dia, los confederados hicieron adelantar fuertes columnas sobre los puntos mas débiles, destacando al mismo tiempo sus batallones de tiradores, que amenazaban á cada momento un ataque, pero luego se vió que su principal objeto era avanzar directamente sobre Chancellorsville por el punto donde acababa de ser derrotado Howard. Nunca se habia visto á ningun cuerpo de ejército cargar con tanta impetuosidad y temerario arrojamiento como el que mostraron los separatistas aquella mañana conducidos por el general Stuart: despreciando con la mayor indiferencia la muerte, arrojáronse sobre las tropas de Sickles, cuyos cañones sembraban la muerte en las filas enemigas, y aunque los soldados caian á centenares, eran reemplazados al instante por nuevos regimientos hasta que al fin Sickles, á quien se le iban acabando las municiones, envió un parte á Hooker pidiéndole refuerzos á fin de no perder su posicion.

El mayor Tremaine, portador del mensaje, no pudo hablar al general en jefe porque éste acababa de perder el conocimiento: una bala de cañon habia partido pocos momentos antes una de las columnas de la casa de Chancellorsville, sobre la cual se apoyaba Hooker, quien cayó al suelo sin sentido, permaneciendo inmóvil, lo cual hizo creer á su estado mayor que estaba muerto ó espirando, y á causa de este contratiempo no pudo llevar la respuesta del mensaje. Al ver Sickles que no llegaban refuerzos, y falto ya de municiones, vióse precisado á retirarse á su segunda línea de defensa, temiendo que seria

necesario luchar cuerpo á cuerpo si le perseguia el enemigo, pero éste habia sufrido tales pérdidas, que pasó media hora antes de que renovara el ataque.

De este modo se perdió un tiempo precioso, y durante una hora estuvo el ejército federal sin jefe: el general Couch, que era el mas antiguo, pudo haberse encargado del mando hasta que Hooker volviera en sí, pero vaciló en hacerlo, y aunque French y Hancock acababan de atacar la izquierda del enemigo, que amenazaba el frente de Meade, á fin de auxiliar al paso á Sickles si era preciso, como este último no recibió refuerzos, tuvo que replegarse despues de haber rechazado cinco ataques consecutivos. Poco despues el ejército federal comenzó á retirarse hácia el Rappahannock, dejando á Chancellorsville en poder del enemigo, cuyos cañones habian convertido su única casa en un monton de ruinas.

Sickles declaró luego ante la comision de guerra que solo su cuerpo de ejército y el de Slocum sostenian la posicion cuando envió á pedir auxilios á Hooker, asegurando asimismo, que solo con diez mil hombres mas habria podido alcanzar la victoria. Si se tiene en cuenta el hecho de que Sickles hizo una infinidad de prisioneros y de que sus fuerzas eran inferiores, fácil es deducir que la posicion se perdió por un contratiempo imprevisto ó por una mala direccion, pero no por falta de valor en los unionistas (\*).

(\*) Sickles decia en su parte oficial:

«Al terminarse la batalla del domingo, la bateria del capitán Seeley, que fué la que hizo los últimos disparos en la batalla de Chancellorsville, habia perdido cuarenta y cinco caballos, y sobre unos cuarenta hombres entre muertos y heridos, pero como este oficial era hombre muy orgulloso y de gran ambicion, y tuvo suficiente tiempo para tomar sus dos posiciones, cuidó en primer lugar de recoger todos los arneses de los caballos, que mandó conducir á las cañoneras, y aun él mismo se llevó en el brazo algunos arreos que los soldados descuidaron recoger. Este hecho basta para

Cuando el general Hooker hubo recobrado el sentido, volvió á encargarse del mando, pero ya habia cesado casi el combate en aquel punto, pues el general Lee solo se ocupaba entonces de Sedgwick, que proyectaba un ataque contra su retaguardia, ataque que no se llevó á efecto por haber enviado Hooker una orden previniendo á este jefe que cruzara por Fredericksburg, y avanzase luego por el camino de Chancellorsville, batiendo á todas las fuerzas que tratasen de oponerse á su paso á fin de caer sobre la retaguardia del general Lee mientras Hooker atacaba el centro.

Sedgwick se hallaba ya á mitad del camino cuando llegó el capitán Warren con un parte, manifestando que Hooker se hallaba en una situacion crítica y necesitaba de su auxilio, por cuya razon dió orden de contramarchar, pero al poco tiempo, una numerosa fuerza del ejército de Lee atacó las tropas de Sedgwick, impidiéndole que efectuara el movimiento proyectado, de modo que al amanecer entraba en Fredericksburg, en vez de aproximarse á Chancellorsville. Gibbon se

probar que el enemigo no se hallaba en estado de perseguir á los federales.»

El general Hancock decia á su vez lo siguiente, al dar cuenta de la retirada del ejército de Chancellorsville:

«Apostado cerca de la casa de Chancellorsville, pude presenciar la batalla perfectamente, aunque mis tropas se batian por el lado opuesto. Cuando se dió la orden de retirada, vi pasar sucesivamente las diversas divisiones, á las que yo no debia seguir por el pronto, pues se me habia mandado que conservase la posicion hasta que todas las tropas se hubiesen alejado, por cuyo motivo me vi en la precision de sostener el combate algun tiempo mas. Como tenia muchos cañones, el enemigo que se iba concentrando en los bosques no se atrevió á tomar la ofensiva sobre mi retaguardia, y creo que á causa de la fatiga de sus tropas no le fué posible atacar. Llegada la hora me puse en marcha hácia la nueva posicion que se me designó, que estaba á unos tres cuartos de milla del vado de la Union.

«Inmediatamente comenzamos á fortificar nuestras líneas de defensa, mientras el enemigo se posesionaba de los bosques, con la intencion, segun se vió luego, de atacar á Sedgwick cuando pasara.»

acercaba tambien con su division á la ciudad, y gracias á esto, pudo Sedgwick reunir una fuerza de treinta mil hombres. Los separatistas, entre tanto, se concentraban en la colina de Marye, donde colocaron varios cañones despues de haber quitado los puentes echados antes sobre un canal que protegía su izquierda.

Los federales trataron desde luego de apoderarse de la falda de esta colina, y fueron rechazados, pero cuando Sedgwick hubo hecho todos los preparativos que creyó indispensables, hizo avanzar de nuevo sus columnas al mando de los generales Howe y Neill, y de los coroneles Grant y Seaver, los cuales se lanzaron sobre el enemigo con tal resolucion, que á pesar del nutrido fuego de la artillería, eran ya dueños al poco tiempo de la posicion, donde se cogieron doscientos prisioneros, algunos cañones y tren de campaña.

Habiendo reforzado aun mas sus brigadas, Sedgwick dejó á Gibbon en Fredericksburg y se puso en marcha por el camino de Chancellorsville en persecucion de Barksdale, mas al llegar á la iglesia de Salem, los separatistas aguardaron á pié firme al ver que avanzaba Wilcox con refuerzos, y se trabó un combate encarnizado en que fueron inútiles los esfuerzos de los federales para desalojar al enemigo de su posicion. El general Lee, por su parte, habia destacado á la division de Mc Laws, á fin de que cerrara el paso á Sedgwick, como así se hizo, y de este modo continuó la lucha hasta entrada la noche, pero como la posicion del enemigo era mejor y el número de sus tropas iba aumentando á cada momento, los federales desistieron de su empeño de reunirse con Hooker, despues de haber sufrido considerables pérdidas.

Al amanecer del dia siguiente, 4 de mayo, la situacion de Sedgwick era crítica por de-

más, pues no solo eran numerosos sus contrarios por su frente, sino también por su ala izquierda, sin contar que las alturas de Fredericksburg iban coronándose de enemigos hasta el punto de componer un número al cual no podría seguramente resistirse. Sedgwick recibió durante el día varios partes del general en jefe, pero sobre ser aquellos muy vagos, y hasta puede decirse contradictorios, revelaban que Hooker estaba indeciso acerca del partido que tomaría (\*), sin reflexionar acaso que aquellas vacilaciones iban á costarle caras. En efecto, á eso de las seis de la tarde, los separatistas no temiendo ya la ofensiva, y dueños otra vez de las alturas de Fredericksburg, atacaron resueltamente á las tropas avanzadas de Sedgwick obligándolas á retroceder hasta las mismas orillas del Rappahannock, donde los federales defendieron su terreno desesperadamente. Este último combate costó á Sedgwick cinco mil hombres cuando menos (\*\*).

(\*) Á la una de la mañana del 5 de mayo remitió Hooker á Sedgwick el siguiente parte: «Recibido despacho en este momento: retiraos, cubrid el río é impedid que cruce ninguna fuerza. Acúseme recibo.»

Sedgwick obró en consecuencia de esta orden, arrojando un fuego mortífero, pero á las tres de la tarde recibió otro parte en que se le decía: «Podreis conservar la posición del río hacia el Sur si es necesario.»

(\*\*) El historiador Pollard dice lo siguiente al hablar de este último combate:

«El enemigo no estaba aun completamente derrotado; era preciso luchar una vez más, y reconociéndolo así los federales, reunieron durante la noche numerosas fuerzas para atacar el ala izquierda de Mc Laws á fin de establecer la comunicación con Hooker por el camino del río. El general Anderson marchó apresuradamente, recorriendo una distancia de quince millas con el objeto de apoyar á Mc Laws, y entre tanto el general Lee dispuso que el primero de estos jefes diese la vuelta á la iglesia de Salem y formase sus tropas á la izquierda de la division Early.»

«La señal de ataque no se hizo hasta poco antes de ponerse el sol, en cuya hora nuestras columnas cayeron sobre el enemigo como un huracán, aun cuando aquel opuso poca resistencia, retirándose á poco en la mayor confusión y desorden hacia el vado de Banks. Entrada ya la noche, cesó

Libre ya de Sedgwick, el general Lee marchó con todas sus fuerzas contra Hooker, quien se hallaba aun en sus poco temibles fortificaciones, construidas apresuradamente entre Chancellorsville y el Rappahannock, pero los separatistas se hallaban ya muy fatigados de tantas marchas y combates, y por más que se hallasen dispuestos á pelear, Lee mudó de parecer y no quiso atacar de nuevo, limitándose á varias escaramuzas sin consecuencia. Llegada la noche, Hooker reunió el consejo de oficiales y se acordó pasar á la orilla opuesta del río. El general unionista aseguró luego que sus pérdidas no eran tan grandes como las del enemigo, pero esto no debe ser exacto si se atiende á que solo en la última jornada y en el paso de Rappahannock se contaron en el ejército federal diez y siete mil ciento noventa y siete bajas en la forma siguiente:

|                     |       |                     |       |
|---------------------|-------|---------------------|-------|
| Division Sedgwick.. | 4,601 | Sickles..           | 4,039 |
| Slocum. . . . .     | 2,883 | Howard. . . . .     | 2,508 |
| Couch. . . . .      | 2,025 | Meade. . . . .      | 699   |
| Reynolds. . . . .   | 292   | Caballería. . . . . | 150   |

Hooker dijo que un cirujano de los separatistas manifestó que las pérdidas de estos no bajaban de diez y ocho mil hombres (\*), mas sea como fuere, parece extraño que Lee no publicase el parte oficial y que Pollard guarde silencio sobre este punto. Las frecuentes tempestades y las continuas avenidas del río escusan por una parte la retirada de Hooker, y por otra el que Lee no tratara de perseguirle.

Cuando el ejército federal hubo ocupado su primitivo campamento al Norte del Rappahannock, el general Hooker publicó una orden del día concebida en estos términos:

por algun tiempo el combate, mas apenas iluminó el campo de batalla la pálida luz de la luna, los confederados comenzaron á perseguir al enemigo, y en la noche del 4 de mayo terminó aquella notable serie de batallas en las orillas del Rappahannock.»

(\*) Entre los muertos se contaba el general Paxton y entre los heridos el general Heath.

«El general en jefe se complace en dar á este ejército las mas espresivas gracias por su valerosa conducta en estos últimos siete dias, pues aun cuando no se haya hecho todo cuando se deseaba, esto depende de circunstancias imprevistas harto conocidas de todos. Baste decir, que atendido el carácter de aquellas, no era fácil preverlas ni impedir las por mucha que sea la sagacidad del hombre.»

«Al retirarse de la orilla Sur del Rappahannock antes de librar una batalla general á nuestros enemigos, el ejército ha dado pruebas de su confianza en sí mismo y de su fidelidad á los principios que representa, pues aceptando el combate con desventaja, hubiéramos faltado á nuestra causa y á nuestro país, perjudicándonos sin utilidad alguna. Siempre leal, y persuadido de su fuerza, el ejército del Potomac aceptará ó rehusará la batalla cuando su honor ó intereses así lo exijan. Este ejército será también siempre el mas fiel guardian de sus principios y de su dignidad.»

«Merced á la celeridad de nuestros movimientos y á nuestro sigilo, hemos cruzado los rios sin que nadie nos dispute el paso, y á nuestra vuelta, ni un solo enemigo se atrevió á marchar en nuestra persecucion.»

«Los acontecimientos de la semana última bastan para henchir de orgullo á todos los oficiales y soldados de este valeroso ejército, que acaba de adquirir un nuevo lauro en las gloriosas jornadas de estos dias. Hemos hecho largas y penosas marchas, cruzado anchos rios, sorprendido al enemigo en sus atrincheramientos, y do quiera que hemos peleado, siempre fueron mayores las pérdidas de nuestros contrarios. Hemos hecho además cinco mil prisioneros, cogido quince banderas y siete cañones, y hemos puesto, en fin, fuera de combate á diez y ocho mil

hombres de tropas escogidas, destruyendo luego grandes depósitos militares, é interceptando todas las comunicaciones; hasta en fortalezas enemigas nos hemos apoderado de muchos prisioneros, sembrando por todo el país el terror y la consternacion. No nos queda mas sentimiento que el haber perdido muchos bravos compañeros y hermanos de armas, pero de esto debemos consolarnos al reflexionar que han muerto en defensa de la mas santa de las causas que pudieran someterse al arbitrio del Dios de las batallas.»

El general Lee, por su parte, publicó otra orden del día, en la cual, espresándose con la misma modestia, decia lo que sigue:

«El general en jefe se cree en el deber de manifestar al ejército su profundo agradecimiento por la heroica conducta de los oficiales y soldados en las sangrientas refriegas en que acaba de tomar parte.»

«Arrostrando el furor de los elementos y toda clase de fatigas, atacasteis al enemigo, fuertemente atrincherado en sus diversas posiciones, y sobre todo en las colinas de Fredericksburg, y con ese valor y temerario arrojo merced al cual habeis alcanzado la victoria en tantas batallas, le obligasteis á refugiarse una vez mas en la opuesta orilla del Rappahannock. Al paso que este brillante triunfo os hace acreedores á los elogios y gratitud de la nacion, también por vuestra parte quedais obligados á tributar una accion de gracias al Todopoderoso, que es el único que puede concederos la victoria, y por lo tanto recomiendo que todas las tropas se reunan el sábado próximo en el templo del Señor, que es el que rige los destinos del mundo.»

«En medio de la alegría del triunfo, no olvideis á los bravos compañeros que murieron en defensa de su país, y lamentando siempre su pérdida, no vacilemos en seguir su noble